

Máximo Simpson

POEMAS DEL HOTEL MELANCÓLICO



Botella al Mar



Máximo Simpson

**POEMAS
DEL HOTEL
MELANCÓLICO**



Botella al Mar



Poemas del
hotel
melancólico

Libro premiado por el
Fondo Nacional de las Artes -Argentina-

Simpson, Maximo

Poema del hotel melancólico – 3ª . ed. –

2007

ISBN 978-9974-8018-0-6

Ilustracion de tapa:

Máximo Simpson



Máximo Simpson

**Poemas
del hotel
melancólico**

Nota a la presente edición

La primera edición de Poemas del hotel melancólico apareció en Buenos Aires, Argentina, en 1963, bajo el sello Ediciones Amistad. Una veintena de años después, Ediciones El Tucán de Virginia, (México, 1984) publicó el libro en formato casi facsimilar, pues en aquel entonces – melancólico al fin- el autor quiso que la entrega fuera lo más semejante posible a su apariencia primera.

Para esta tercera edición me he permitido introducir en unos pocos poemas pequeños cambios; éstos en nada alteran el sentido ni la atmósfera originales, que obviamente deben respetarse.

M.S.

A Laura

A manera de prólogo

Hace casi medio siglo había una mansión en Belgrano R, un barrio acomodado de Buenos Aires. Era una casa señorial en plena declinación, con varios pabellones de altos cielorrasos y enormes árboles entre ellos. En uno de esos pabellones tenía su aposento Madame Vadim, hija de un general del zar de Rusia derrocado por las revoluciones de 1917.

Ignoro cómo llegó allí, pero el hecho es que Madame Vadim había recalado en esa casona, y la administraba bajo el rótulo anodino de “Hotel Suiza”. La acompañaba, como visitante y amigo, un supuesto ex almirante de la flota de guerra rusa, al que solía verse por las noches, inmóvil y pensativo entre los árboles, con su casaca militar y una mano dentro del abrigo, en la legendaria postura de Napoleón. Según rumores que circulaban entre los huéspedes, en esa casona solían realizarse reuniones de refugiados rusos nostálgicos de la grandeza imperial y de los salones de San Petersburgo. A su vez, un comentarista evoca a “una señora, anciana, pintarrajeada, *la viuda del rey de la Tasmania, / con su sombrero rojo de general inglés*”, y recuerda que solía decirle al autor de este libro: “Usted piensa mal de mí, pero yo he leído a Mallarmé” (revista *Confirmado*, mayo 11 de 1967).

La vida de Madame Vadim, una señora también mayor, era muy sencilla: estaba siempre en su cuarto y solía ir al mercado a hacer sus compras, a veces acompañada por uno de sus inquilinos, el joven cineasta Adolfo García Videla, que la tomaba del brazo y la conducía lentamente por las calles de ese barrio residencial. La señora, que antes de llegar a la Argentina no sólo había emigrado de Rusia sino también de Praga por el golpe de 1948, años después perdió su puesto debido a su trato bondadoso con los huéspedes, entre los que había algunos deudores.

En ese ámbito se alojaron cineastas, pintores, poetas, narradores, gentes

del mundo cultural de aquella época, algunos de los cuales adquirieron cierta notoriedad a lo largo de los años. Pero en mi recuerdo, gran parte de los que allí vivieron –durante mi estada y después- eran refugiados de la vida, jóvenes erráticos y sin “contrato social” que los amparara. Tales huéspedes encontraban en esa decrepita mansión un ambiente acogedor, y mate, compañerismo y conversación, además de amores fugaces, a veces desesperados y culpables.

Luego de publicados estos poemas, escritos durante los casi tres años que me alojé en el Hotel Suiza, el lugar empezó a ser conocido con el nombre del libro. Dice el comentarista citado más arriba: “Suiza para la Municipalidad y para su dueña... pero Hotel Melancólico para el resto del mundo, para los que vivieron o viven en él desde que así lo bautizara en 1963 -tierno y bello libro de poemas mediante- Máximo Simpson, 38 años, ex pensionista él mismo”. Tanto es así, que años después de haberme mudado de allí, varias veces me encontré con personas que, tal vez sin conocer el origen del apodo, para darme su dirección me decían: “Vivo en el Hotel Melancólico”.

Recuerdo también que durante un período tuve como vecina de cuarto a la cantante y compositora Violeta Parra, que había llenado su cuarto de vasijas de barro o de cerámica que ella misma producía. Era una mujer de carácter fuerte, tal vez complementario de la mansedumbre que emanaba de su pareja, un joven rubio cuyo nombre he olvidado. Ese joven rubio, que era pintor, fue quien, según creo -o imagino-, inspiró su maravillosa canción “Gracias a la vida”, que escucho con emoción y un sentimiento de felicidad desde hace muchos años.

Entre tantas anécdotas que aún recuerdo, contaré otras dos relacionadas con *Poemas del hotel melancólico*. A un escritor hoy conocido, que se alojaba en el hotel, le acerqué los originales de este libro, aún inédito. Después de varias semanas de silencio, me dijo que esos poemas no eran “para el pueblo”, y que él había aprendido que había que escribir para el pueblo...

Exactamente lo mismo que unos dos años después, con el libro ya publicado, me gritaron los muchachos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, que me habían invitado a leer mis poemas ante los estudiantes. En aquel entonces -fue probablemente en 1964- yo era muy

tímido, y tal vez no supe qué decirles, pero ahora les diría que no soy paternalista, que cada uno escribe lo que puede, lo que le sale de los riñones, y que a mí, y tal vez a pesar de mí, me salieron estos poemas, independientemente de que puedan o no valer la pena.

Dije “tal vez a pesar de mí”, y es verdad en parte, pero verdad al fin. Resumo, al respecto, lo que respondí durante una entrevista aparecida el año pasado en México. Después de *Más poesía* (1962), de un tono evocativo y lírico, hay en mis poemas un viraje que me desconcertó en su momento, pues no tenía conciencia del proceso que se estaba operando en mi difícil relación con la palabra. Cuando concluí la primera composición de lo que después sería mi tercer libro, *Poemas del hotel melancólico*, no me reconocí en ella. Durante un tiempito estuve muy inseguro y lo consideré un divertimento, una *boutade*. Al margen de que estuviera logrado o no como poema, había allí un lenguaje y una atmósfera que no se avenían a cierta imaginería, a cierta cadencia, al sesgo elegíaco o lírico-dramático que me eran familiares. Pero después de muchas dubitaciones, era inevitable que terminara asumiendo el tono que se me imponía. Ese tono, esa atmósfera, son los de este libro, que hoy ve la luz del día en Montevideo, al amparo de Editorial Botella al Mar y de la generosa recepción que le dieron mis amigos poetas Rocío Cardoso Arias y Alfredo Ma. Villegas Oromí.

M. S.

Buenos Aires, enero de 2007.

*Je suis, moi-même, la
matière de mon livre.*

Montaigne.

*Es difícil hablar, decir las cosas.
Es difícil quedarse,
saborear la palabra y su contorno,
intimar con las sílabas profundas.
Hoy también yo me fui de una palabra,
me fui tal vez de mí, tal vez de nadie,
sin haber conocido sus honduras.
Es difícil cantar,
Entrar en el vocablo con tambores,
despertar los estruendos
del ser que a manotazos y crujidos
quiere también hablar, decir su letra.
Por eso pienso a veces
en mi desarmonía irremediable,
en mi falta de oído:
estoy desajustado con el cosmos.
Pero insisto aún así, me empeño y canto.
Perdonen los señores,
quizás el alfabeto me perturba:
si me olvidara de él, tal vez cantase.
Y es posible que así me reconozca,
que sepa lo que soy.*

To bo or not to be

Yo quise ser un rojo violín desorbitado,
un ex abrupto eterno,
un jardín de magnolias o una tromba,
y sólo soy ahora profesor de nostalgias,
edecán del otoño pesaroso.

Yo quise ser el mar,
o talvez quise ser lo que no quise,
un triángulo isósceles o un trueno,
o una momia egipcia
con su paz infinita, imperturbable.

Eso quise talvez en mi constancia,
en mi apuro, en mi afán, en mi zozobra,
quise ser el revés, la mano izquierda,
el costado de mí, mi renegado,
y sólo soy mi tú, mi pobre mí,
un pronombre ya exhausto,
un posesivo huérfano, un despojado mi.

Eso quise tal vez,
y sólo soy ahora mi vecino,

apenas mi perfil, mi suroeste,
mi terco lateral:
estoy en la adyacencia limítrofe de mi,
y siento desazón, me extraño mucho.

Indecisión

A Antonio Requeni

No sé si hacerme santo,
tal vez contrabandista sea mi oficio,
traficante de furias y poemas,
introducción de hormigas melancólicas.

Mi duda es mi destino:
lo que soy, lo que fui, lo que he de ser.
La tarde transcurrida en conjeturas
se llevó con la lluvia mi otro rostro,
y ahora no soy yo porque algo mío,
algo más que un perdón o una solapa,
se ha quedado hacia allá, en el horizonte.
Y yo no sé qué hacer, estoy perplejo,
vacilante y oscuro me he quedado.

Soñoliento, indeciso, estoy tratando
de llegar a mi casa,
a mi pan, a mi luz, a mi consuelo,
a mi azar, a mi traje, a mi escritorio.

Pero es tarde, imposible, no es la hora,
y si a pesar de todo,
si subo la escalera hacia mi rostro,
si tomo el ascensor hacia el olvido,
si me muevo hacia el Norte o hacia el Sur,
hacia el Este, el Oeste o hacia Trúdal,
es posible perderse en el camino,
por errores de cálculo encontrarse
de pronto frente a Dios,
insultarlo, decirle que no existe.

En, fin, es tan penoso,
no sé cuál es mi azar, mi providencia,
no me acuerdo del número y la calle,
y mi duda más honda es mi destino:
no sé si hacerme santo,
tal vez contrabandista sea mi oficio,
traficante de furias y poemas,
introduccion de hormigas melancólicas.

El hotel melancólico

*A Matilde Horne, Abel Guibe, Carlitos Giache, Juan Luis Merino,
Tito Sáenz, Carlos Orgambide, Adolfo García Videla, Luis Palma,
Bety Bechelli, Sofía Goldman, Miguel Cabezas, Elena Clementi,
Agustín Castillo, Luis Cotella, Luis Destuet, madame Vadim y otros
que alguna vez poblaron, fantasmales, los patios de esta vieja casa.*

El hotel melancólico en la noche
navega hacia la muerte,
con sus pasillos negros por donde se pasean
remotos mariscales del gran zar Alejandro,
con samovares viejos y tristes damajuanas,
y sus baldosas rotas, su extenuada autocracia,
y su pátina ilustre:
sillones andrajosos,
pequeña arqueología del pensionista pobre
que conserva entre ruinas la mitad de su alma,
atmósfera de invierno de otra parte,
los patios sospechosos y los altos cipreses
que defienden la casa:
hay un coleccionista de minúsculos seres,
entomólogo suave de musical enigma,
que atraviesa los patios con un jabón y un trueno;
hay un delgado junco traductor de novelas:
todos los días come su ración de consuelo,

pero es inútil todo porque domina su alma
la visión de un escándalo celeste.
Y María Ivanovna con sus grandes recuerdos:
en Petrogrado entonces
era bella la vida en los salones.

El aire convalece
en el golpeado orgullo de la casa:
hay aquí un raro clima de perdón,
y adolescentes viejos
como la araña joven de rostro milenario,
que instaló grandes máquinas feroces
en su pequeño cuarto de antiguo joven muerto.
Y está la mujercita que vive en las tinieblas,
que se viste de luto por si acaso,
por aprensión tal vez,
en su cuarto imperial cubierto por el polvo.
Y está también la viuda del rey de la Tasmania,
con su sombrero rojo de general inglés.

Y estoy yo, que esto escribo:
yo busco el equilibrio de las cosas,
y por eso navego en este hotel profundo
hacia mi gran destino:
y yo que soy feliz, sereno y apolíneo,
con mi regla de cálculo preparo
las leyes de la tierra.

Resurrección

Hoy me he puesto de pie, me he levantado.
En un raptó de orgullo pude mover la piedra,
sacudirme la bóveda.
Mirad el jeroglífico sediento
de avara eternidad:
esta inscripción soy yo,
mi muerte.

Después de interminables cataratas de olvido,
aún los sueños me acechan
con su cortejo de sangrantes manos,
y aluviones de gritos me persiguen.
Y aquí estoy yo, señores;
soy el amortajado:
yo soy el rey de Egipto,
padre de las cosechas,
ruiseñor de las lluvias,
y a mí el trueno irascible me obedece.
Yo vi a Tutankamón sonreír de orgullo,
levanté la pirámide de Keops,
y aquí estoy yo, miradme.
Yo quiero este socorro, esta limosna,
la migaja del último terrestre:

quiero morir de amor,
tomar un ómnibus.

Mirad mi piedra, contemplad mis párpados,
mi sueño melancólico,
mi enfermedad letal de piedra viva,
de resplandor que no se acaba:
siento el terror del tiempo,
sus pezuñas de cal sobre mis ojos.

Poema de año nuevo

Tan mortal como el otro,
tan reciente,
es un año tan año que da pena,
que da llanto y da rabia.
Eso eso simplemente: tan pequeño,
tan efímero rostro, tan escaso,
tan difunto y floral,
que lo veo pasar desenrollando
variados arrebatos, diminutas acciones,
coyunturas y brindis,
como el buen empleado de oficina,
impasible escribano de los muertos,
que dejará a su vez un almanaque,
una silla y un sueldo para otro.

Minúsculas reyertas con sus golpes de mano,
los gestos estruendosos y las revoluciones,
los precarios destinos navegando en la gota
del año inmemorial que se repite,
me ponen melancólico, irritable.
Sin embargo a mí esto no me arredra,
no me me estorba empezar todo de nuevo:
ordené mis carpetas,

discipliné el declive de mis años,
esta gran inquietud que me atenaza,
y me dispuse a ser,
a ser nomás un hombre,
con el desbarajuste que sostengo,
con mi gran ansiedad desaforada,
y así compaginados mis recelos,
metodizada el ansia, con mi tormento en regla,
yo me pues a vivir entre mis deudos,
a caminar entre vecinos,
para vivir nomás, vivir si esto es posible,
solamente morir,
vivir y estar cayendo.

Nunca lograré ser eterno

Es que estoy intranquilo porque nunca
lograré ser eterno.

Es por eso que estoy desaliñado,
y no acudo a las citas de mi esposa,
y encerré mi caballo en el altillo.

Desordené mi vida cuando supe:
abandoné el jardín que me alegraba,
y ya no estudio inglés.
Y tropiezo en la calle,
se me caen semanas de las manos,
extravío minutos,
circunstancias atroces,
y eternidad de días habrán de sucederme.
Tantos días de sol y tantas tardes
con macetas y flores,
veredas arboladas como reinos,
que a veces me rebelo:
interrumpo el almuerzo si de pronto
la eternidad del tiempo me deprime.

Y claro, es lo que pasa,

es por eso que estoy desaliñado,
descuido mi presencia.
Y ya no creo en Dios,
y nadie me protege:
soy sólo un empleado,
solamente un mortal.

Gimnasia

A Horacio Clemente

*Jamás ,señor ministro de salud,
fue la salud más mortal.
César Vallejo*

Me puse a respirar, hacer gimnasia:
deliraban los aires por adentro,
circulaba el relente alborozado,
la mañana y su escarcha;
era un olor a mundo,
un viento de memorias,
pedregullos remotos que dejaron al aire
la sustancia del tiempo y su comarca,
y respiré lugares, vagabundas aldeas,
pueblos que caminaban,
sitios que se hallan lejos.

Las vértebras en alto,
me puse a respirar, hacer gimnasia:
el juego de los músculos y goznes,
resortes y compuertas,

arcos que se dilatan,
curvaturas,
los intrépidos brazos,
pantorrillas audaces,
el indómito ritmo de una música tensa,
de un compás dominante y volandero,
el corazón motriz,
brindis de regocijo,
aleluya la tráquea, reina del panorama,
épicos vaticinios, profecías del aire,
las atrevidas pausas y enérgicas flexiones,
movimiento hacia el centro y hacia afuera,
tendones hacia arriba y hacia abajo,
los omóplatos llenos de huracanes,
trombas que me recorren,
me ventilo la médula,
me alimento de rachas y corrientes,
tremolinas que inhalo,
transparencia de todo lo que existe.
Aspiro pleno el mundo,
con fe ciega en el aire y sus olores:
soy el dueño del clima,
lo contengo en mi pecho.

Esto dije y entonces
murciélagos atroces cabalaron el aire,
nebulosas de monstruos me inundaron la lengua,
me buscaron el hueso y las arterias;
amenazas de aire, taimadas ventolinas
penetraron a saco:
bocanadas de muerte,

dije muerte y la muerte se vistió de gimnasia.

Reflexión

Ha pasado otro día,
como un tren hacia algo que no entiendo.
Ha pasado un minuto,
como una hormiga sola, derrumbada.
Y es áspero pensar,
reflexionar tal vez es indecente,
tal vez un poco tórrido:
me predispone mal, me desarraiga,
me llena de preguntas e impropiedades.

Es que pensar me duele el pecho,
destruye mi paciente geometría,
y meditar también es un chirrido,
me desafina la guitarra.
Y yo no sé pensar sin sublevarme,
sin decirme que sí, que no, gritando,
sin arrojar con furia
mi tremendo catálogo de voces,
sin rechinar los dientes
o golpearme la frente contra el rostro.
Es que pensar es un zumbido,
y es por eso que a veces
-y a nadie importa esto-

cierro todas las puertas,
me coloco el disfraz de Asurbanípal,
doy órdenes funestas y juego a la rayuela.

Regreso

Ayer también estuve:
regresé para verme, a desandar el hilo
de lo andado hace mucho,
a golpear otra vez esta sonaja,
a derrumbar el muro de los lejanos rostros,
a comenzar de nuevo la palabra de ayer.

Ayer también estuve:
reconozco el cascajo,
la argamasa del tiempo en la intemperie.
Ayer, como este viernes, como este viejo día.
No era el temblor exacto lo que buscaba entonces,
ni la palabra pura para decirlo todo:
busqué la desmemoria de lo que transcurre,
esperando tal vez alguna cosa,
quizá la permanencia de unas manos,
la obstinación tenaz de un solo instante,
de un amoroso gesto tal vez petrificado,
indestructible y breve
como una dicha viva y al mismo tiempo eterna.

Ayer también estuve,
y ahora que regreso reconozco al otoño:

otra vez su crueldad, su vesanía,
su locura demente como un extraño aviso.

Esta red es mi casa

Nocturnidad más áspera que el sueño,
más dura que los días,
vivo adentro, en la red de lo imposible.
Vivo adentro en la red,
en este insomnio,
escalón de los años que transcurren,
gran ola en la que muero y resucito,
jardín del albedrío y sus ficciones.
Esta red es mi casa,
su relámpago breve,
el efímero estruendo de una tarde perdida
sin memoria ni nombre,
sin un número rojo entre las tardes.
Esta red es mi casa y sus contornos,
este patio de amor,
esta cuerda de luz y un horizonte
más alto que la noche,
más bajo que el abismo del mar de cada día,
más profundo que el sueño del demente
que ya todo lo sabe,
más lúcido que el tiempo que domina las olas.

Si me miro

*Aquel que ve a su doble de frente
debe morir.*

Roger Gilbert-Lecomte

Si me miro de frente contrajunto,
cejiviento de olvido,
si me miro de frente, si agonizo,
escaleras y sueños desbocados,
y si pongo el oído en la tiniebla
para ver lo que pasa,
para escuchar la sombra,
espía fervoroso de la noche,
mendigo de extramuros a sueldo de la vida,
qué me espera si me miro de frente,
si agonizo,
si desfondo que muero,
si me miro los ojos cejisombra,
los párpados abiertos para adentro,
qué me espera.

Arcaico como el tiempo,
ya náufrago y perdido como aquello que fue,

como aquello que es y ya no deja
ni un carozo de piedra ni un remoto presagio,
qué me espera si todo ha sucedido,
si los días transcurren como una gran pizarra,
como un golpe de furia indiferente.

Pregunto

*Me pregunto qué hora es
y qué hay con eso.*

Faulkner, "El sonido y la furia"

Pregunto qué hora es y qué hay con eso,
pregunto qué hora es,
la eternidad me falta.
Perdí la eternidad en una ola,
en un barco perdido,
en un remoto mar,
en un planeta errante sin memoria.
Perdí la eternidad,
la perdí en un tranvía misterioso,
en un golpe de furia, en un descuido.
Perdí la eternidad y qué hay con eso,
qué me quieren decir,
por qué me miran.

Aniversario

Quiero hacerme un regalo, un agasajo,
pues pronto, una vez más, cumpliré años.
Es hora de cambiar, de pensar mucho,
y en esta coyuntura haré un esfuerzo,
realizaré por fin algo sensato.
Me he de comprar un trozo de seriedad profunda,
una solapa grave,
una mirada nueva que trasunte confianza.
Y andaré por las calles olvidado del tiempo,
sin apuro.
¡Qué envidia me tendrán si lo consigo!
“¡Ahí va el hombre dichoso, nada espera,
nada puede turbarse paso calmo!”

A nadie le diré:
“Hoy he cambiado,
ahora soy feliz, estoy contento,
observe mi presencia”.
Guardaré mi secreto por si acaso,
porque puedo fallar, porque es posible
que adquiriera una jirafa y nos vayamos
a pasear por Florida.

Y si esto me sucede me casaré con ella,
para que la gente no hable.

Intraviaje

Ya me voy de regreso
al escalón dormido,
hacia el cacto sediento, el fruto antiguo
y la ventana errante, los umbrales.
Me voy hacia un costado,
hacia atrás de regreso,
intravuelvo intersolo de los días caídos
una tarde en un pozo de memoria,
una tarde que ha muerto entre los días
atropellada lejos, golpeada por los trenes,
sacudida por crímenes tranquilos
como lentos paisajes milenarios.

Intravuelvo los días,
retrocedo intratiempo los zócalos de antes,
hacia la noche antigua,
hacia el hueco profundo
más allá de los témpanos añosos,
más allá de la rampa
que subí aquella vez en mi locura.

Ya me voy, retrocedo
al escalón dormido,

me acuesto en los umbrales,
me acomodo y regreso.

Tumulto

Tumulto de mi pecho,
griterío que llevo como una cuerda loca,
coro de los derrumbes,
atenaceado estoy en mis dilemas,
entre que sí, que no, que muero y vivo.
Coro de lejanías,
una lluvia de ayer,
una ilusoria certidumbre,
un insulto caído entre carbones
de un fuego extinto anoche.
Atmósfera de antes,
remota carretera suspendida en el. aire,
colgada en el espacio
como un vástago errante de mis años perdidos,
melancólica estatua de la muerte.
Tumulto que padezco,
voces que me sostienen y me abaten,
ésta es mi condición,
gritar a gritos.

Ayer

Ayer me resbalé y estoy ausente,
y todo está muy lejos,
ya tan lejos,
rupicabro hacia fuera la casa de mi alma.

Ayer me resbalé,
se me cayó la furia,
ayer se me extraviaron los papeles;
quedé manco ya mucho
y todo el horizonte está muy lejos,
ya tan lejos.

Ayer qué raro el aire,
la cuenta de la vida;
se me desordenó toda paciencia,
se me salió el porqué,
se me cayó una letra,
la más leve y rabiosa que ha existido,
la letra más impura, la más pura,
se me cayó hacia lejos.

Ayer me resbalé,

y perdí el horizonte:
no había trenes tal vez a esa hora,
no había barcos tal vez,
no había lamentos.

Hoy

El día es este día,
pedacito de luz en que recojo
la mentira de ayer,
parábola tenaz que anda en el tiempo
como un hilo que siempre continúa:
el traspié ya olvidado entre cuadernos,
el rostro sepultado,
el traje ya vacío como un mito,
la palabra extraviada, corona de los muertos.

El día es esta hora,
esta zona del pecho tan llena de tumultos,
este árbol plantado en desafío,
el colérico reto
a la serenidad de tantos años.

Éste es el día,
el fragmento de tiempo que he esperado
para una eternidad,
y es sólo dejación,
sólo desistimiento de continuar así,
declinación hacia otras redes
de lo que sólo queda lo que tengo en las manos,

mi palabra.

Mañana

Mañana cambiaré de precipicio,
mudaré de costado,
tendré probablemente otros espejos,
y otro otoño también, otras palabras.
Mañana he de cambiar: seguiré siendo
el mismo trajinante presuroso
que piensa en el apuro de los años
oyendo la campana de la tarde.

Mañana cambiaré y seré el mismo,
con un golpe de azar y algunas dudas.

Investigación

Quise hallar los motivos,
el origen de todos mis pesares,
la causa, el resquemor,
y así, sin darme cuenta,
me convertí en devoto de las cronologías,
en investigador de mi fastidio,
estudioso de cédulas reales,
de edictos y de crónicas.

Quise encontrar atisbos en la historia del mundo,
y arqueólogo tenaz,
desenterré azucenas, pantalones,
cráneos desengañados,
quejas y malquerencias
de un viejo dinosaurio sentimental y loco.
Exhumé caracoles, escaleras,
y hallé un idioma muerto junto a un hueso excavado
por un blanco perrito de esperanza.

Así fue cómo supe lo que siempre he sabido,
lo que nunca sabré, porque es difícil
aprender a morir, a caminar de pie,
con la cabeza vuelta hacia el destino,

con la vicisitud desmadejada,
llevando decisiones en la espalda,
irrevocablemente irresoluto,
encorvada la dicha y terco el sueño.

Circunloquios

Me fui hacia mí dando rodeos,
oscuras volteretas, circunloquios,
pasos de bailes y misterios
para disimularme ante mis ojos,
para decir que no, que no era cierto,
que tal vez no existía tan abrupto,
tan destino sin mí,
yo sin participar de mi destino,
sin manejar tranvías.

Mi casa estaba allí:
no quise molestar, tal vez no me invitaron.
y si hasta hoy no he ido, si no pude llegar,
es que no estuve;
caminando hacia atrás, retrocediendo,
me hice señas a mí con voz muy baja.
Golpeando mis monedas caminé de perfil,
caminé de costado dando gritos,
caminé boca abajo, me acerqué horizontal,
cambié de nombre y de apellido
y me escondí en mi saco.

No pude hallar mi casa:

sólo encontré una luz,
tal vez no era de allí, ya no me acuerdo;
no pude hablar con nadie,
y el monarca se había retirado.

Algo desde muy lejos me hace señas

Y yo que nunca supe dónde arrojar mi muerte,
ponerla a descansar,
entretenerla con mentiras,
ahora estoy otra vez conmigo,
contra mí,
en denodado forcejeo,
en obcecado duelo.
Pendenciero de corazón alado,
camorrista peleando con las mieles del día,
son piedras que me arrojó,
y me llamo, me grito, me pregunto.

Algo desde muy lejos me hace señas
-un ademán tal vez,
un gesto interrumpido una mañana,
una tarde que busco en mis zapatos:-
si ya no soy ese perfil de niño,
de secreto secuaz en esa ronda,
en el juego mortal que es esta vida,
si no soy ese llanto,
si esa crueldad no es mía,
yo no quiero, no puedo, no es posible,
esta alegría rencorosa,

esta salud mortal de estar muriéndome en la luz,
esta furia tan dulce de querer y morir,
esta contrariedad que me condena.

Revisión matutina

*Me miro a mí, me escucho
esta mañana.*

Rafael Alberti

Me miro a mí, me escucho esta mañana,
me reviso la suela de los sueños,
me examino el olvido,
me observo los quizás, los hasta cuándo.
De costado, de frente, desde abajo,
me averiguo el envés, me fiscalizo
los reversos de mí, la contraseña;
me reviso el encono,
el adversario mío que sustento,
y si está presentable mi agonía,
planchado el pantalón,
muy claro el cielo,
me sostengo al trasluz para mirarme,
y la escucho a mi voz como un extraño,
un lejano tambor dando alaridos.

Y si todo está en orden,
si mi traje, el color, los territorios

de penumbra que arrastro,
entonces me decido:
debo ir al empleo, estar ausente.
Pero antes de salir es necesario
ponerse la corbata,
hacer un ademán, estar contento,
y sacar del ropero el cuello blanco,
mi gran desesperanza almidonada.

El día lunes

Llega el pálido lunes color de desazón,
desvalimiento de un amarillo solapado.
Esto me desconcierta,
me arrebatata la paz que yo sostengo
con tan precario esfuerzo,
con pesarasas redes.
Hay algo que me ayuda en los domingos
color postergación,
aunque a veces la sombra
de futuras semanas me perturba.
Me acorrala cuando estoy distraído,
cuando finjo que alguien hace ya tiempo muerto
me viene a visitar, trae noticias.
Y yo no sé si el lunes en realidad existe:
hay un malentendido en todo esto,
o talvez un error del calendario.
Pero siento inquietud,
un clima tan sutil me desespera.

Buenos días

Hoy yo me desperté con mucho sueño,
me levanté en tinieblas,
y apoyando los pies en algún sitio
pude abrir la ventana:
entraba el día rubio,
jocoso y bailarín,
y me hizo guiños.
Y yo no recordaba dónde tenía el hombro,
dónde había dejado la toalla,
y claro, tan difícil,
tan heroico y sutil es levantarse,
que no tuve coraje.
No quise que dijeran:
“¡Qué orgulloso, engreído, es este joven,
qué pedante! Nos quiere demostrar
que puede estar en pie, ir a la calle”.
Tuve entonces temor de que me vieran,
no quise herir a nadie, no acostumbro,
y cerré astutamente los postigos.

Mi equívoco

Fue prisa lo que tuve
por encontrar la paz, el regocijo,
y quise con premura
resolver mi problema más difícil:
cada día que pasa, cada hora,
encuentro en mi ropaje sedimentos de polvo,
encanece mi ropa,
y tal vez un ojal desilachado,
un botón que me falta,
una camisa rota,
me recuerdan con furia la ruina de Cartago,
el asombro sin par de Moctezuma.

Fue prisa lo que tuve,
y tal vez desazón, incertidumbre,
y me acordé otra vez de aquel pueblito
donde el tiempo acumula su desidia,
y del Marqués de Sade y Varlos V,
de Musete y Mimí, de mis amigos,
como raros actores bailando en una fiesta
mientras el musgo trepa a sus rodillas.

Entonces me di cuenta,
advertí con pesar que no es posible
desbaratar tal vez de un manotazo,
con un gesto de amor,
con una confesión de mis crueldades,
el error de la historia,
el tan penoso equívoco en que vivo.

Confidencia

Ayer salí a la calle dispuesto a simular,
a no decirle a nadie qué es lo que me pasa.
Miré hacia otro lado por si acaso,
y dando manotazos en el aire
fingí estar distraído,
caminé para atrás y me di vuelta,
y me puse a aplaudir con el objeto
de sembrar confusión.
No es que sienta temor de que se enteren,
ni me turba saber que les molesta.
Yo quiero ser discreto, reservado:
nadie tiene por qué saber del pleito
que inicié contra Dios.

Hace mucho

Hace mucho que el tiempo me hace daño,
me golpea en la frente y yo me quedo
mirándolo extrañado,
susceptible del año y la semana,
de la hora, del día y del fragmento
del más leve decurso.

Y hace mucho que estoy pensando en esto,
que husmeo en los rincones
de lo que transcurre.

A veces un zapato es como un libro,
como un sueño tenaz, como una piedra,
y a veces un recuerdo es un milenio,
una sombra tal vez,
un derrumbe del ser hacia su centro,
una brizna de tierra que nos cubre.

Rostros

Soy un poco los rostros que abomino,
y otro poco también los que deseo.
Es esta desazón que me atestigua,
esto sólo tal vez, y mis contrarios
tironeando de mí,
despedazando
este rostro que tengo y es ajeno.
Son mis golpes de Estado,
es mi desorden que me desordena.

Mensaje

Acabo de enterrar un manuscrito,
y así tal vez me salve.
Qué resplandor, qué asombro,
cuando el arqueólogo remoto,
especialista en huesos,
en casas de pensión del siglo XX,
en dolores de estómago y en cartas
de apasionado amor,
tropiece con mi esquila, mi pobre testimonio.

Allí dejé mi nombre con una indicación:
“Hoy ha llovido,
y olvidé mi impermeable allá en la percha.”
Y agregué que no entiendo
por qué razón el tiempo,
por qué esta distracción,
este ir al empleo
sin saber si estoy muerto o estoy vivo.

Enterré el pergamino en el jardín:
hice un pozo muy hondo
cuando nadie miraba,
y así tal vez me salve.

Sabrán que yo he sufrido,
conocerán mi nombre,
quizás me hagan justicia.

Ahora no me importa lo que digan,
que soy esto, lo otro, soy aquello,
camino en veinte patas y no entiendo
el origen y el cómo y el porqué.
Ahora estoy tranquilo,
y limpiaré mi traje:
ya no me importa Dios.

Bueno, Laura, hasta luego, tengo dudas,
iré a tomar un té porque hace frío,
porque el aire me duele, porque es tarde,
porque no sé si han de encontrar el papelito.



DATOS DEL AUTOR

maximosimpson@yahoo.com.ar

Nació en Buenos Aires en 1929. Recorrió América Latina y residió largos años en México y Brasil. Ha ejercido el periodismo en la Argentina y como corresponsal extranjero en el exterior de su país. Es profesor universitario y ha publicado diversos trabajos teoría política y comunicación.

Obra poética:

- Túpac Amaru, Bs.As., Editorial Stilcograf (Faja de Honor de la SADE); 1960.
- Más poesía, Bs. As., Editorial Amistad (Premio Consejo del Escritor); 1962.
- Poemas del hotel melancólico, Bs.As., Editorial Amistad (Premio Fondo Nacional de las Artes) 1963.
- Estación final, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1981.
- Hacia dónde tan lejos, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1981.
- Estación final (ed. completa), México. D.F., Universidad Nacional Autónoma de México, 1985.
- Elegías americanas, Bs. As., Lugar Editorial, 1992.
- La casa y otras visiones, Bs. As., Libros de Alejandría (Premio Único a Obra Inédita, Concurso Municipal de la Ciudad de Buenos Aires; Mención Especial en el Premio Nacional de Poesía, Secretaría de Cultura de la Nación), 1995.
- Alrededores (Primer Premio de Poesía Diario La Nación, 1998, Bs. As., 1998.

- Esta precaria luz (antología 2003, Editorial Vinciguerra, Bs. As..
- Antología poética (2004, Fondo Nacional de la Artes, Series Poetas Argentinos Contemporáneos, Bs. As.).
- A Fin de cuentas (2006, Ediciones Alforja-Conasulta, México DF).

Fue distinguido con el Premio Esteban Echeverría 2006, a la trayectoria Literaria, otorgado por la Asociación Gente de Letras.

ALGUNOS COMENTARIOS SOBRE SUS OBRAS

Sobre Estación final (1985):

(Antonio Requeni, Supl.Cult. Los Andes, Mendoza, 13.09.81)

El poeta argentino Máximo Simpson nos hace llegar su libro Estación final, cuyos versos confirman la calidad de una voz lírica que descolló en los años sesenta por su riqueza y originalidad. Tupac Amaru (1960), Más poesía (1962), y sobre todo Poemas del hotel melancólico (1963), situaron a Simpson en la vanguardia de la poesía que se escribía entonces en nuestro país. Su estilo caracterizábase por la paradoja, el insólito esguince, el humor pudoroso de quien se negaba a exhibir la llaga existencial, la herida de lo indescifrable, abierta siempre en la carne de los agonistas. Porque Simpson era y sigue siendo un agonista, pero a diferencia de Unamuno, por ejemplo, hay en sus versos una suerte de ironía y piedad, obra de un personalísimo acento.

Sobre La casa y otras visiones (1995):

(Elizabeth Azcona Cranwell, Suplemento Cultura, La Nación, Bs. As., 01.09.96)

Cuando un poeta es capaz de mirar así, es susceptible al dolor y al extrañamiento y también logra comunicar cómo ese dolor y ese extrañamiento hacen su proceso en los otros; si además maneja un lenguaje elocuente y sin artificios, podemos decir, como en este caso, que ha alcanzado la altura que siempre buscamos en la auténtica poesía.

Sobre Alrededores (1999):

(Norma Pérez Martín, Letras de Buenos Aires n° 46, julio de 2000)

Simpson suma poemarios inolvidables, que han merecido importantes premios y lectores fervorosos. Mi admiración por sus textos comenzó en la década del sesenta, cuando publicó Poemas del hotel melancólico (1963). Este artista sigue cultivando esa impecable escritura, cargada de riqueza imaginativa, poder de síntesis, hondura y originalidad que lo caracteriza.

Sobre Esta precaria luz (2003):

(Beatriz Villacañas, La Pájara Pinta, N° 19, Madrid, mayo de 2004)

Es éste un libro breve de páginas y a la vez intenso en el que la poesía se hace herida. No es difícil percibir una marcada desazón existencial en la constatación dolorosa de lo efímero, incluso en el ser efímero del poeta mismo (...) La poesía de Simpson sabe a verdad y a decoro, lo último el sentido que daban los clásicos al término, de dominio formal y emocional; precisamente por esto, la emoción sale fortalecida y, desnuda de exhibicionismos o de alarde, se manifiesta como la verdad vital del hombre y del poeta.

Sobre Antología poética:

(Jorge Ariel Madrazo, Suplemento Cultura, La Nación, Bs. As., 18.09.05)

Máximo Simpson es dueño de una voz discernible por la riqueza de sus imágenes, en las que sentimiento y reflexión destilan una transparente melancolía (...) El registro de Simpson es capaz abarcar el breve poema lírico como los textos más ambiciosos e inquietantes. Entre éstos merece especial atención “Habla Janto”, una composición alusiva a Janto, “el corcel de ligeros pies” que pronosticó a Aquiles la proximidad de su muerte. El estilo del poeta está presente aquí en su mayor potencial: “Cuando el caballo habla,/ tiembla toda la casa del olvido./ Tiembla toda la casa, / tiembla todo el olvido: /las puertas de la noche retroceden...” En suma: una compilación que cabe recomendar con el mayor énfasis.

(María Adela Renard, Revista Virtual, Bs. As., 2005)

La solidez conceptual de sus poemas resulta de una expresión directa y despojada, presente en enumeraciones precisas, mediante la aplicación del adjetivo exacto y en la contundencia absoluta de los finales, sin contar el peso específico que gravita en cada palabra, extraída como valor absoluto. Por esto Maximo Simpson alcanza como pocos una enunciación que cifra de inmediato el significado, y logra que el bagaje de la conciencia cristalice en sus ideas y éstas en el ápice del sentido.

Epub Validado: <http://validator.idpf.org/>

EPUB Validator (beta)

Results

Detected version: EPUB 2.0

Results: Congratulations! No problems were found in
Maximo_simpson_poemas_del_hotel_melancolico.epub.

